

EL SIGLO

IMPRESA: CALLE 25 DE MAYO, 53

EDICION DE LA TARDE

ADMINISTRADOR: JULIAN ALVAREZ SUSVIELA

EL SIGLO

Un consejo sospechoso

Leemos en *El Censor*: «Se ha hablado del regreso á la República de los ex-Presidentes coronel Latorre y general Santos. Astar á lo que algunos periódicos han afirmado, el general Tajés tiene la intención de pedir al Cuerpo Legislativo que ponga término al destierro de sus antiguos amigos y gefes. ¿Hay realmente algo de positivo en estos rumores de que se ha hecho eco una parte de la prensa?—No tenemos informes fidedignos que nos permitan asegurarlo, pero suponemos que la noticia carece por completo de fundamento.»

Somos exactamente de la misma opinion que *El Censor*. No creemos que el Presidente de la República haya pensado ni piense en pedir al Cuerpo Legislativo que autorice para volver al país á don Lorenzo Latorre y don Máximo Santos.

En lo que no estamos conformes con el colega es en creer que la vuelta de aquellos personajes seria un acto altamente político. —Pensamos por el contrario que á medida que se aproxima el término de la actual presidencia es más peligroso é inconveniente que aquellos personajes, y principalmente el general Santos, vuelvan á residir á la patria.

Atribuye *El Censor* al miedo del Gobierno el que se mantenga el destierro del general Santos. —¿De qué especie de miedo habla el colega?—Suponemos que no es del miedo personal del general Tajés á su antiguo amigo; y que más bien se refiere *El Censor* al temor de que el general Santos, usando y abusando de la gran popularidad que según él tiene en el partido colorado, pueda urdir la trama de una revolución que dé en tierra con el Gobierno legal. —Pues nosotros hemos de decir al colega que no creemos que la popularidad de Santos sea tan grande, que pueda poner en peligro la existencia del Gobierno; pero bien pudiera suceder, atendida la índole de los elementos que constituyeron el partido santista, que la presencia de su antiguo jefe reanimase sus esperanzas, produciendo un conato de revuelta que aunque fuera impotente para triunfar, no por eso dejaría de causar gran perturbación en el país.

Si como suponemos nace de ahí la repugnancia del Gobierno á levantar el destierro del general Santos, creemos que esa repugnancia es legítima y está plenamente justificada.

También indica *El Censor* que el Ministro de Gobierno teme la vuelta del general Santos, por que considera que la presencia del mismo en Montevideo seria la ruina de sus esperanzas presidenciales.

¿Qué quiere decir el colega con estas palabras? ¿Acaso que el general Santos se presentaría como candidato á la Presidencia, confiando en esa gran popularidad que al decir del colega conserva en el partido colorado?—Sería cuanto nos quedase por ver el que don Máximo Santos, después de los recuerdos que su administración ha dejado, después de haber hecho un gobierno que el mismo *Censor* no se atreve á defender, tuviese bastante aplomo para presentarse otra vez como candidato á la Presidencia. —No sabemos si como dice *El Censor* la candidatura de don Julio Herrera está muerta y enterrada. De lo que estamos persuadidos es de que entre el doctor Herrera y el general Santos, ningún ciudadano honesto vacilaría un punto; y que cualesquiera que sean los defectos que puedan encontrarse al señor Ministro de Gobierno tendria grandes probabilidades de éxito si el contendiente con quien tuviese que luchar fuese el antecesor del general Tajés.

No es difícil descubrir que el objeto esencial de la propaganda de *El Censor* es perturbar á todo trance la situación actual, y que á trueque de obtener ese resultado, vería con satisfacción que el país volviese á ser víctima de una administración como la anterior. —Por eso debe el Gobierno considerar como sospechoso el consejo del colega y desconfiar de los buenos resultados que según él produciría la vuelta del general Santos. La primera necesidad del país es la conservación de la paz y á ese supremo interés deben posponerse todas las demás consideraciones.

El 28 del corriente, á las 12, tendrá lugar la apertura de propuestas para la amortización de títulos de dicha Deuda hasta la cantidad de 18.642 \$ 62 cts. en efectivo, que corresponden á este servicio.

Se previene que los proponentes deben asistir al acto y que se exigirá, cuando se considere necesario, la presentación previa de los títulos que se ofrezcan á la amortización.

Montevideo, Julio 23 de 1888.

Daniel Muñoz.
Secretario.

HECHOS Y RUMORES

Club Oriental—Buenos Aires, Julio 25.

En la reunion que celebró anoche la comision directiva de este centro social fueron aceptados cerca de cien socios nuevos.

Entre las resoluciones adoptadas en la misma reunion figuran las siguientes:

Que el club se cierre á las dos en punto de la mañana.

Nombramiento de dos comisiones, una para correr con todo lo relativo al banquete que se ha resuelto ofrecer á los señores Golfarini y Gimenez, los dos candidatos para presidente en la pasada eleccion; y otra que tomará á su cargo la organizacion de la fiesta del 25 de Agosto, aniversario de la independencia oriental.

Forman la primera el tesoroero de la asociacion, en union de los señores Fragoiro y Villaurreta, y la segunda los señores Gimenez y Furtado.

El banquete tendrá lugar en los primeros dias del mes entrante, y asistirán todos los socios que se han suscrito ó suscriban para costearlo.

La fiesta del 25, á la que podrán los socios llevar las señoras de sus familias, constará de una parte literaria y otra musical.

Resolviéndose tambien en la reunion de anoche aceptar y publicar el siguiente generoso ofrecimiento del socio señor Gimenez.

Buenos Aires, Julio de 1888.—Al señor presidente del Club Oriental.—Agradecido á las demostraciones de simpatía que en estos dias he recibido de la distinguida juventud del Club Oriental, é interesado como siempre en la prosperidad de éste, ruego al señor presidente se sirva recabar de la honorable comision el permiso necesario para crear dos premios á mi exclusiva costa, que sirvan de estímulo á los que se dedican al ejercicio de la esgrima.

El primer premio se denominará Lavalaja en recuerdo del benemérito jefe de los Treinta y Tres y consistirá en dos juegos de arma uno de espadas y otro de floretes, guantes, caretas, pechera y escudo.

El segundo se denomina Viera, en recuerdo del primer patriota que en el departamento de Soriano dió el grito de libertad contra la dominacion española.

Este premio se compondrá de un juego de espadas, careta, pechera, guante y escudo.

La comision directiva organizará con este motivo un asalto, que tendrá lugar el 16 de Abril ó 25 de Agosto de 1889, debiendo tomar parte en él solo los aficionados actuales del club.

Se nombrará previamente un jurado compuesto del profesor y dos personas mas de reconocida competencia, las que adjudicarán los premios á los que consideren mas aventajados.

Creo, señor presidente, que estos medios de estímulo que no pervierten la moral, deben ofrecerse á la juventud; por eso me permito solicitar el permiso indicado esperando que la honorable Comision me lo concederá, mucho mas no afectando los intereses del club en lo más mínimo, desde que los premios serán costeados por mí, como lo he manifestado antes.

Me es grato saludar al señor presidente con toda consideracion.—Eusebio Gimenez.

El concurso tendrá lugar el 16 de Abril del año entrante, de conformidad con el deseo manifestado por el fundador de los premios; debiendo en oportunidad nombrarse el jurado correspondiente.

Otras medidas de orden interno se adoptaron tendientes á regularizar la marcha del establecimiento, fomentando los intereses legítimos á él vinculados, las que se irán haciendo conocer de los socios así que se terminen los arreglos necesarios para llevarlas á la práctica.

Parejeros marítimos.—En Buenos Aires siguen los preparativos de la carrera que tendrá lugar el 5 de Agosto próximo entre el *Lafayette* de las Mensajerías Marítimas y el *Adriático* del señor Mihanovich.

El timon del segundo lo manejará el práctico Juan muy conocido en el gremio, y el del *Lafayette*, el práctico Matias igualmente conocido.

España y América.—Leemos en *El Imparcial* de Madrid:

«La Academia de la Historia trata de crear sucursales en América, secundando por su parte las corrientes de fraternidad y simpatía entre España y el Nuevo Continente.

El general Riva Palacio, Ministro de Méjico

en Madrid, ha hecho las propuestas respectivas para aquella república.

El doctor don Matias Alonso Criado, miembro correspondiente de la Academia Española de la Historia, ha propuesto para los mismos fines en las repúblicas del Rio de la Plata al general don Bartolomé Mitre; don Arturo Castaño y don Clemencio A. Fragoiro en Buenos Aires; don José Segundo Decoud en el Paraguay, y á los señores doctor don Domingo Ordoñana, don Isidoro De-Maria y doctor don Francisco A. Berra en Montevideo.»

Alsacianos y loreneses.—Buenos Aires, 25. —Como se sabe, la liga de Patriotas de Francia, es á la vez una sociedad filantrópica destinada á proteger á los alsacianos y loreneses que deseen espatriarse de las provincias anexas por la Alemania después de la guerra de 1871.

Desde hace muchos años la liga de patriotas por todos los medios que la caridad y el patriotismo ha podido sugerirles no ha dejado medio sin emplear para aligerar socorros á los alsacianos y loreneses que no querian aceptar la nacionalidad alemana y el resultado de esta propaganda se ha hecho sentir por los millares de familias que se encuentran hoy en Francia, socorridas por la liga.

Pero se hace necesario arbitrar un medio de aumentar la emigracion de las provincias anexas, sin por eso radicalarlas en el estrecho porvenir que puede ofrecerles su permanencia en Francia, y á esto responde la llegada á Buenos Aires de un delegado de la Liga de Patriotas, encargado de informar sobre los recursos que ofrece nuestro país para recibir una corriente tan fuerte de inmigracion, pues según cálculos, pasan de doscientos mil los alsacianos y loreneses que están en situacion de espatriarse viniendo á nuestro país á reconstruir los hogares que la fortuna de las armas alemanas les hace abandonar.

El delegado llegó en el paquete *Niger*, hace algunos dias, á nuestro puerto.

Metálico.—El *Júpiter*, llegado hoy de Buenos Aires con 60 pasajeros: trajo \$ 800 consignados á P. Christophersen.

Flojera.—El Gobierno Argentino ha recibido de su Legacion en España una nueva comunicacion acompañada de un recorte del diario *El Correo*, que se publica en Madrid y en el que se leen algunos datos referentes á la marcha aterrador de la flojera.

El *Correo* aconseja al Gobierno que tome medidas extraordinarias pues que será el único medio de impedir que el mal avance.

En el mismo diario se inserta el siguiente párrafo de la órden que ha sido dada por el Gobierno:

«Se facilitarán inmediatamente á las Comisiones de Provincias infectadas y de sus limitrofes las cantidades de sulfuro de carbono y el mismo de aparatos inyectoros que se consideren necesarios para cada una.

Las sucursales del Banco de España facilitarán los fondos que fueren requeridos para atender á los gastos que se originen en este servicio.»

Fusion.—SOCIEDAD UNIVERSITARIA. Convócase por tercera vez á los Sres. socios para la Asamblea General que tendrá lugar el Viernes 27 del corriente á las 7 p. m. con el objeto de considerar el proyecto de fusion entre este centro y el Ateneo del Uruguay.

Local Plaza Cagancha 38 B.—El Secretario.

(Igual convocatoria ha dirigido el Ateneo.)

Compañía de ópera cómica.—Tres artistas bien conocidos de nuestro público, el tenor Victor Delilliers, el baritone Polonini y el cómico Lambiasi, han resuelto formar una compañía de ópera cómica italiana que actuará este año, de los meses de Setiembre á Diciembre en el teatro San Martín, (Buenos Aires) cuya contrata de arriendo han formalizado ya.

Será director de la compañía al par que su estrella el célebre bajo bufo Bottero, quien dará á conocer el *Don Bucefalo*, ópera que fué escrita para él y que solo él interpreta, pues para hacerlo se requirieron sus múltiples cualidades y talentos, su voz enorme, su vis cómica especial y su dominio de casi todos los instrumentos, luciendo en una escena como pianista al par que como violinista, flautista, etc., etc.

La compañía contará además con otro bajo notable, el aplaudido Pietro Cesari.

Noticias hípiacas.—Próximo el domingo, dia en que se efectuarán interesantes carreras en el Hipódromo Nacional, no es de extrañar que los aficionados anden ya á la pesca de preciosos informes que los habiliten para cruzar apuestas con toda seguridad. No es esa tarea fácil llenar por cierto, porque hay que penetrar mil secretos y pesar muchas opiniones que se vierten para desorientar á los más incautos que en esas diversiones son los que por lo general pagan el pavo de la boda.

Por el momento nos abstenemos de hacer nuestros pronósticos, en razon de que los dos remates efectuados hasta hoy, no nos han permitido ni siquiera colegir cuales son los caballos que han inspirado absoluta confianza.

Hé aquí el programa, tal cual seguirá el domingo.

Primera carrera.—Premio Stud Latino. Tiro 1,750 metros. Para caballos mestizos.—*Ignotus* del stud Maroñas, con 52 k; *Siete Pelos* y *Juez*, del Stud Latino, con 53 k. y *Ametralladora*, del Stud Oriental, con 55 k.

Segunda carrera.—Premio Stud Sarandi. Tiro 1000 metros. Para potrillos puros.—*Infante*, del stud Sarandi, con 52 k; *Persens*, del Stud Charrúa, con 53 k.; *Witheley*, del Stud Gladiadores, con 52 k. y *Scandal*, del Stud C. Capricho, con 52 k.—El *Buricayupi*, del Stud Charrúa, se declaró *forfeit*.

Tercera carrera.—Premio Stud San Luis. Tiro 1,750 metros. Para caballos puros.

Fulminante, del stud Oriental, con 60 k; *Bijon*, del stud Lobi, con 57 k. *Nollesse*, del stud Union, con 54 k. y *Escuadrón*, del stud Progreso, con 51 k.

Cuarta carrera. Premio Stud Huzaingó. Tiro 8500 mts. Para caballos puros. *Kimblon* y *Bijon*, del stud Solis, con 63 k, el primero y 56 k segundo; *Febo*, de E. Uriarte, con 60 k; *Aytin*, del stud Latino, con 58 k; *Frison* y *Fulminante*, del stud Oriental, con 56 y 60 k, respectivamente y *Anónos*, de R. Scanavino con 50 k.—El *Heraldo*, del stud Charrúa y el *Lid*, del stud Sarandi, no tomarán parte en esta carrera.

Quinta carrera. Premio Camarista. Tiro 1200 mts. Para potrillos $\frac{1}{2}$ sangre. *Ierceto*, del stud Latino, *Cuico*, del stud Oriental, *Sanson Carrasco*, del stud E. Capricho, *Abel*, del stud Charrúa, *Adios*, del stud Solis, *Cain*, del stud Yuzaingó, *Chispita*, del stud Sarandi, *Yatay*, de J. Viana y *Duncel*, del stud Centauro. El peso que llevarán todos los caballos será el de 52 k. El *Camarista* se retiró.

Sexta carrera.—Premio Velocidad.—Tiro 1000 metros. Para todo caballo sin reserva.—*Ignotus*, del stud Maroñas, con 57 kilos; *Brennes* y *Witheley*, del stud Gladiadores, con 59 y 52 kilos respectivamente; *Cacique*, con 54 kilos y *Política* con 53, del stud Oriental.

—Los remates continuarán en los dias 26, 27 y 28 del corriente, en el local de la Comision, Cámaras núm. 122.

—Mañana se abrirán las propuestas para las carreras del 26 de Agosto.

Matrimonios.—Han solicitado contraer enlace los siguientes:

En la ciudad.—Casimiro Iglesias, español, de 26 años, comerciante, con Josefa Iglesias, española, de 20 años.

En el Cordon.—Pedro Baccino, italiano, de 29 años, viudo, jornalero, con Magdalena Vignoles, italiana, de 22 años; José Cosiani, italiano, de 28 años, peluquero, con Emilia Desteffanis, italiana, de 18 años.

En la Aguada.—David Copello, italiano, de 28 años, comerciante, con Maria Calcagno, italiana, de 20 años; Francisco Gerardi, italiano, de 44 años, jornalero, con Angela Detta, italiana, de 30 años; Luis Laiolo, italiano, de 30 años, comerciante, con Amelia Castardi, italiana, de 28 años.

En Maroñas.—Fernando Marchisio, italiano, de 28 años, jornalero, con Filomena Dotta, italiana, de 20 años.

En las Tres Cruces.—Florencio Gonzalez, oriental, de 23 años, Labrador, con Antonia Giarras, oriental, de 26 años; Domingo Vassano, italiano, de 27 años, comerciante, con Catalina Perrone, oriental, de 18 años.

En Canelones.—Gervacio Hernandez, oriental, de 26 años, Labrador, con Eugenia Diaz, de 19 años; Tomás Viera, español, de 20 años, Labrador, con Máxima Darias, española, de 17 años.

Buques entrados.—Dia 26: De Buenos Aires, vapor francés *Júpiter*, á Christophersen; vapor alemán *Ohio*, á Schwartz; de Génova, vapor italiano *Marco Minghetti*, á Piaggio; de Barcelona, barca española *Zinda*, á J. Aguerre; de Cádiz, barca española *Pablo Senari*; de Shieldobord, barca inglesa *Dominosa*, á la órden; del Cabo Verde, paquecho portugués *Lopra*, á Bates Stockes; de Glasgow, barca noruega *Mayland*, á la órden; de Cardiff, barca noruega *Mississippi*, de Buenos Aires, vapor inglés *Rudens*, á Horne.

Club Español.—La 11.ª Junta Directiva de este centro ha quedado constituida como sigue: Presidente.—Dr. D. Emilio Reus.

Vice-presidente.—Dr. D. Eustaquio Herrero y Salas.

Tesorero.—José M. Carulla.
Contador.—Julio Muñoz y Lara.
Bibliotecario.—Manuel Castilla.
Secretario.—José Artal.

Parte policial.—Dia 26: La Comisaria de la 6.ª seccion remitió el cadáver de José Dupuents que falleció sin asistencia médica en la calle La Paz núm. 28.

—La del Reducto á tres individuos uno por acusar al otro de que asaltó su casa, y éste á su vez por acusar á ambos de que le descarraron tres tiros.

—La de la 7.ª dió cuenta que ayer á las 5 p.m. en circunstancias que Benito San Martín y

BANCO NACIONAL
DE LA
REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY

Servicio de la Deuda Amortizable

Cuota correspondiente al mes de Junio ppda.	\$ 18.607 78
Saldo del servicio anterior.	34 84
	\$ 18.642 62

todos los años pondremos en el 200 francos para los pobres.

—Si, sí...

—Y entonces, ¿por qué habíamos de temer el espectro de Cecilia?

Frumencio se fué derecho y sin luz á coger el bolsillo en la chimenea de la sala y lo dejó respetuosamente sobre la mesa. El bolsillo se conservaba tal cual Cecilia lo había tenido en sus manos la víspera de su muerte; dentro de él estaban todavía los 200 francos. Frumencio llenó las copas.

—¿A la memoria de Cecilia, de nuestra querida Cecilia!

—A su memoria! dijo Roberto.

Así estuvieron bebiendo un largo rato, sentados á la mesa y mirando el bolsillo que brillaba en medio de ella.

Entonces les pareció que el consabido cuarto de metal de campana tocaba tristemente diciendo:—Dad, sí, dad, dad sobre todo á las madres que tienen hijos pequeños.—¡Pobres madres! ¡pobres niñas! Cecilia tuvo una niña, esa niña es ya mujer... ¿Dónde está la hija de Cecilia? ¿Quién lo sabe?... lo sabéis vosotros?

Roberto y Frumencio sintieron que se les partía el corazón, y se echaron á llorar. Nada podían decir.

Y de pronto cayó el cuarto y el piano entonó la melodía que había tocado Cecilia la víspera de su muerte, y á aquel suave canto sucedió otro singular y terrible. Todas las teclas del piano tomaron voces humanas: las notas gemían, chillaban, reñían, lloraban, formando un concierto de todas las expresiones del humano padecer. Oíase el grito del niño que tiene hambre, el sollozo de la madre desesperada, el gemido del pobre enfermo en su lecho de dolor, las maldiciones del hombre caído y abandonado...

Roberto y Frumencio no podían más: de sus frentes chorreaba el sudor en gruesas gotas.

Haciendo un esfuerzo supremo lograron gritar:

—Compasión, Cecilia, compasión! Oh, basta, basta, basta!

Entonces Cecilia se apareció en la puerta de la sala, vestida como la víspera de su muerte: su rostro estaba triste y sus rasgados ojos verdes vibraban un sombrío fulgor.

—Basta me decís? exclamó: ¿soy yo acaso quien forma ese doloroso concierto? Vd. es quien lo forma, padre, y tú también, Frumencio; vosotros, que no habéis hecho el bien que podíais, que debíais, que habéis prometido hacer! Las miserias que no habéis socorrido gritan y lloran... ¿De quién es la culpa?... Cuando salí de esta casa, cuando fui allá arriba, prometí á Dios que sería buenos... Yo lo esperaba... lo habéis sido?

Roberto y Frumencio habían caído al suelo anonadados, sin aliento, por todas las palabras de Cecilia les penetraban en el cerebro como gotas de plomo derretido. Cecilia los cogió de la mano y los arrastró á la estancia en que tenía el arca, la cual abrió como por encanto, y de la que sacó puñados de plata y oro que á medida que los sacaba iba arrojando al aire; y las monedas, en vez de caer se espacian volando en todas direcciones. Los ojos de los dos avaros las seguían á lo lejos á pesar de la oscuridad y las veían caer en las viviendas más pobres... Entonces Frumencio encontró bastantes fuerzas con el sentimiento de su ruina para precipitarse sobre las monedas de oro y plata que iba arrojando Cecilia... El brusco movimiento que hizo para ello le despertó... Era de día.

Atónito quedó el avaro al encontrarse en su sillón, enfrente de Roberto, que también empezaba á despertarse. Miranse por un momento sin hablarse palabra: la bolsa de Cecilia estaba sobre la mesa.

—¿Vd. ahí, Roberto?... Yo no sé lo que me pasa. Parece que ese vinillo se nos ha subido á la cabeza y que hemos dormido la mona... ¡Oh! qué noche!

—¿Y Cecilia? dijo Roberto.

Largo rato necesitaron para poner un poco en orden sus ideas. ¿Era un sueño, era una realidad lo que les había pasado?

No importa, Roberto, exclamó Frumencio sacudiendo sus piernas embotadas, si es un sueño, bendito él sea! si es una realidad, bendita sea también! Lo más urgente es...

—Sí, ya lo sé, Frumencio; lo que más urge es buscar á Cecilia.

—Sí, á mi hija... á mi Cecilia... es casi lo mismo que buscar á su madre. ¡Oh! cuando pienso que no hemos visto á esa pobre niña desde que nació!

Un nuevo pensamiento brotó de súbito en la cabeza de Frumencio. Sus dos manos se crispaban entre sus cabellos, los ojos querían saltarse de sus órbitas—Roberto, exclamó con voz sofocada, aquella mujer que vimos ayer, en el banco, con una niña... aquel vivo retrato de Cecilia... era Cecilia... ¿lo oye Vd.?... era mi hija... con su niña!

Los dos avaros corrían de un lado á otro como dos locos, llorando y golpeándose las frentes.

Apenas se serenaron un poco:

—Roberto, dijo Frumencio, démonos prisa... Cecilia padece.

Metieron en la bolsa de Cecilia todo el dinero que cupo en ella, se pusieron los sombreros y bajaron á la calle.

—¿Conviene que despertemos á Pedro?

—No hay para qué, dijo Frumencio; dejémosle que duerma, pobrecillo! Tampoco á ese le hemos hecho feliz, Roberto... y eso que es el hermano de leche de Cecilia.

Eso diciendo había abierto con mucho tiento la puerta del cuarto en que dormía Pedro, y como se el penetraba la luz por una ventana, vieron al pobre muchacho dormido sobre un mal jergón, cubierto con una manta viejísima sobre la cual había echado su ropa para preservarse del frío.

—Roberto, dijo Frumencio, Pedro no debe

seguir durmiendo aquí. Este cuarto es húmedo... Aquí hace un frío glacial.

—Aguarde Vd., dijo Roberto y salió de puntillas, subió la escalera lo más aprisa que pudo, fué á su propia cama, cogió su propia manta de lana muy tupida y la bajó.

—Frumencio, le dijo, ayúdeme usted á taparle con esto.

Y lo hicieron con todo el esmero de una madre que teme despertar á su hijo. Luego salieron muy quedo y cerraron la puerta sin hacer ruido.

Ni un instante titubearon en tomar un coche, gasto que la víspera les hubiera horripilado, y fueron al colegio donde se había educado Cecilia. El colegio había cambiado de mano: solo pudieron en él recoger algunas vagas indicaciones que sin embargo sirvieron de punto de partida á sus pesquisas. Todo el día anduvieron corriendo de una parte á otra.

Llegada la noche, volvieron á su casa rendidos de cansancio, quebrantados de pena, sin haber logrado averiguar nada de lo que les interesaba.

Pedro, con una luz en la mano y todo conmovido, salió á recibirlos en la puerta: el infeliz había pasado un día lleno de zozobras... ¿Cómo! sus amos habían salido antes de que él se levantara!... no habían almorzado, no habían dado señal de vida... Y luego aquella manta del señor Roberto que Pedro se había encontrado en su cama al despertarse... ¡Misterio profundo! Mayor fué aun al verles su sorpresa que antes de no haberles visto.

—Nada, nada, mi buen Pedro, exclamó Frumencio al entrar, nada hemos podido descubrir!

Pero Pedro no estaba en antecedentes y aquel lenguaje afectuoso era tan nuevo para él así es que continuaba inmóvil y estupefacto, con su luz en la mano, repitiendo maquinalmente: Nada! Nada!

—Ah! si supieras, repuso Frumencio, si supieras á cuántas puertas hemos llamado! si supieras cuántas pobres viviendas, cuántas miserias hemos visto buscando á nuestra Cecilia! entre ellas hemos distribuido, hijo, todo el dinero que llevábamos... todo... Pero nada, ni el mas leve indicio hemos logrado recoger... Y entre tanto la infeliz está padeciendo!

Si alguna vez Pedro había justificado al parecer su reputación de idiota, era en aquel momento: la expresión de la fisonomía pintaba admirablemente los sentimientos que agitaban su alma. El pobre no comprendía bien lo que estaba viendo, pero le pareció que en sus amos se había verificado una gran mudanza y reconoció, á no dudarlo, que á quien buscaban era á Cecilia.

—Cecilia, Cecilia! ah!—Poco le faltó para soltar la luz por lo cual se apresuró á dejarla sobre un escalón (la escena pasaba al pie de la escalera).—Cecilia! Cecilia! y al repetir este nombre, Pedro no hacía mas que sollozar.

—¿La has visto por ventura? dijo Roberto.

—Es mi hermana... mi hermana de leche. Si, la he visto ayer mismo, en este sitio... allí. Pobre Cecilia! ¡Oh! no me pegue usted por haberla hecho entrar por la puerta falsa...

—Pégarte, Pedro! pégarte por eso... Dios mío!

—Su niña tenía hambre y Cecilia se hizo esta cuenta: Pedro la dará un pedazo de pan... por eso vino.—Yo la di lo que tenía para cenar, pero era tan poco...

Roberto apretó á Pedro las manos con efusión: esta prosiguió:

—Ya había venido varias veces... Nos conocimos tan niños y luego... como hemos mamado la misma leche... Nunca la había visto tan triste como ayer, y sin embargo me dijo que ya pronto dejaría de padecer, que iba á partir á un mundo mejor... Se empeñó en subir otra vez mas la estancia en que murió su madre, y todas las prendas que le pertenecieron en vida... Y para que vea Vd. hasta que punto es honrada y pura: habiendo cogido en su mano un manguito que fué de su madre, se cayó de él un bolsillo lleno de dinero. Yo la dije que se lo guardase... bien conozco que hizo mal... pero ¿qué quiere Vd.? fué un primer impulso. Cecilia me lo rechazó sin decir una palabra y se fué al piano que empezó á tocar... y vea Vd... á la primera nota nos echamos á llorar los dos... no podíamos remediarlo. Luego bajamos y ya estábamos en el patio cuando nos sorprendieron Vds. entrando de improviso. Ella me hizo á un lado entre las yedras; luego la escondí en mi cuarto hasta que pude hacerla salir por la callejuela... Ah! señor Frumencio, quiere Vd. á Cecilia, es tan buena... y la niña es tan preciosa!

Frumencio y Roberto lloraban á lágrima viva.

—¿Sabes dónde pára, Pedro?

—Sí señor, sí. Y sacó del bolsillo un papel. Ah! ¿quién había podido decir que aquel pobre muchacho era idiota?

—Vamos volando! exclamó Frumencio—Pedro, tú vendrás con nosotros.

—Gracias, señor, gracias.

—Pero vas tan poco abrigado! y hace frío.

—Mi capa, dijo Roberto, coge mi capa.

Un instante después echaron á andar en coche...

¡Luego era verdad que Cecilia había estado la noche anterior en la casa paterna, tan inhospitalaria para ella! Al salir había tomado el camino de su pobre habitación, situada en el último piso de una casa de miserable apariencia en que no vivían mas que algunos infelices jornaleros: de aquellas tristes viviendas, la mas triste era la de Cecilia. Subió lentamente los cinco pisos y se aventuró á tientas en un corredor oscuro: una puerta, la mas inmediata á la suya, estaba entornada y daba paso á un rayo de luz. Al ruido de los pasos de Cecilia se abrió del todo y un mozo de 25 á 30 años, en traje de obrero, apareció en el umbral: la expresión incógnita de su fisonomía se disipó en cuanto hubo visto á Cecilia.

—Gracias á Dios que ya está usted aquí! la dijo afectuosamente haciéndola entrar. Estábamos con un cuidado!

En aquel momento se presentó la madre del que así hablaba, que era una buena vieja á quien ya conoce el lector,—es decir la frutera de la plaza.

¡Jesús! exclamó, que pálida está usted! ¿á quién se le ocurre volver tan tarde, con esa niebla que hace?... pues y á la pobre niña, cree usted que no le hará daño? ¡Angelito!... está dormidita... venga, venga, que la voy á arropar en mi cama. Duermes, duermes, hermosa.

—Síntese usted un momento, señora Cecilia, dijo el obrero. Verdaderamente nos tenía usted con cuidado.

—Veinte veces ha bajado Ricardo á la puerta, dijo la madre.

—Son ustedes demasiado bondadosos conmigo.

—Lo principal es que ya está usted aquí, pero... ¿necesita usted algo?

—Gracias, señora, solo necesito descansar. Ya es tarde y estoy molestando á ustedes.

Esto diciendo quiso levantarse; pero obligándola á sentarse de nuevo:

—No, dijo la madre; en primer lugar, yo no tengo sueño ni Ricardo tampoco: además, tenemos que hablar, con que así, nos viene bien aprovechar la ocasión. Dos horas hace que estamos hablando de usted pero ya podíamos estar hablando hasta el día del juicio y á fé que no adelantáramos un paso mientras usted no diga lo que le parece sobre el particular.

—Madre! dijo Ricardo con tono suplicante.

—Cállate tú y déjame á mí; esta es la ocasión... Cecilia, añadió, cogiendo una mano á la joven, ya sabe usted que la quiero bien ¿no es verdad? pues voy á hablarla sin rodeos, aunque ya debe usted maliciarse lo que le voy á decir.

Cecilia miró á Ricardo y á su madre y un ligero carmin cubrió sus mejillas.

—En fin, allá vá: Ricardo la ama á Vd.—la ama como un loco.

Cecilia estaba encendida como una grana y de sus hermosos ojos corría copioso llanto.

—Madre, dijo Ricardo, la está Vd. atormentando.

—Calla, te digo.

Y estrechó á Cecilia entre sus brazos.

—Déje Vd. correr esas lágrimas, Cecilia, que eso la desahogará. Creo que no la faltan á Vd. pesadumbres, pero sí está en nuestra mano ya veremos de consolarlas. No somos ricos, pero partiremos de buena gana nuestra pobreza con Vd. y la niña, y lo que comamos de menos lo tendremos de mas en alegría. Vd. hará de mí hijo el mas feliz de los maridos y de mí la mas feliz de las madres. Bien sé que ha conocido Vd. tiempos mejores, pero ¿qué se ha de hacer? el dinero viene y se va como le da la gana... no hay que contar con él para ser dichoso, sino solo con los corazones que á uno le quieren. No quiero hostigarla á Vd., hija mía; es preciso pensarla todo bien y no precipitarse, pero ello al cabo había que decirselo á Vd., puesto que de Vd. depende.

La anciana mezclaba sus lágrimas á las de Cecilia, mientras Ricardo, arrodillado delante de ella, la estrechaba una mano entre las suyas.

—Cecilia, dijo, permítame Vd. que yo también la repita que la amo, que la felicidad ó la desgracia de mi vida dependen de la palabra que Vd. vá á pronunciar. No puedo ofrecer á Vd. una suerte brillante, ya mi madre se lo ha dicho á Vd. pero jamás encontrará un corazón más enamorado que el mío.

—Le creo á Vd., dijo Cecilia, leyendo en los ojos de Ricardo la sinceridad de sus palabras y, sé que su esposa de Vd. será feliz.—Mañana responderé: concédame Vd. un día, Ricardo.

Así se convino.

Al día siguiente, la frutera volvió á su casa según costumbre al anochecer. Llamó á la puerta de Cecilia y nadie respondió.

Mientras estaba preparando la comida de su hijo, creyó oír pasos en el corredor y abrió la puerta.—Me habré engañado, dijo no viendo á nadie.

Al poco rato, volvió Ricardo de su taller. Pasó otro cuarto de hora y tampoco llegó Cecilia. En esto resonó un gran ruido de pisadas en el oscuro corredor. Ricardo acudió con luz, seguido de su madre, y se hallaron cara á cara con tres personas, Roberto, Frumencio y Pedro.

—Cecilia! gritó Frumencio fuera de sí—¿cuál es su cuarto?

—Ese, respondió Ricardo señalando la puerta, pero ha salido.

La frutera había reconocido á los avaros.

—¿Qué se les ofrece á Vds.? les preguntó con no muy buen modo.

Ambos se habían precipitado hacia la puerta indicada que abrieron sin dificultad, entrando al punto en la estancia.

—Estaba abiertita exclamó Roberto sorprendido.

Y entró también con su madre.

Todos recorrieron la estancia con inquietos ojos. Frumencio, el primero, vió un papel doblado como una carta encima de una mesa; el sobre decía: Para Ricardo. Frumencio, sin reparar en ello, abrió el papel y lo leyó.

Era la respuesta de Cecilia al joven. En ella confesaba que le quería, pero no podía resolverse á imponerle la pesada carga de una mujer y una niña cuando tan á duras penas ganaba la vida... Hablaba de profundas y secretas amarguras, de su vida consagrada á la desesperación, del descaño de la tumba;—su carta era mezcla de amor, de dolor y de delirio.—Cuando lea usted estas palabras, Ricardo, decia al concluir, mi hija y yo dormiremos para siempre en las aguas del Sena.

No, imposible sería expresar cual fué en aquel momento la desesperación de las personas reunidas en aquella pobre estancia. Pedro cayó de

rodillas y sus dedos se crisparon en el borde de la mesa: la casualidad hizo que tocasen la pluma con que Cecilia había escrito y que estaba todavía mojada de tinta. Esta circunstancia le sugirió de pronto una idea:—Aun no está seca la tinta, luego no hace mucho que Cecilia ha escrito y... acaso... corriendo mucho... se llegaría á tiempo.... ¡Débil esperanza!... pero....

¿Quién, Dios mío, quién había podido decir que aquel pobre muchacho era idiota?

En cuanto Pedro tartamudeó aquellas palabras, todos prorumpieron á una voz en el grito de: al Senal al Senal!

En cuatro palabras se concertó que lo que había que hacer era ir corriendo al muelle, y allí dividirse y vigilar todas las calles que conducen á él. La distancia era grande: Cecilia, cargada con su niña, podía no haber llegado aun... Todos echaron á andar, inclusa la anciana madre de Ricardo.

Llegado que hubieron al muelle cada cual se apostó á la salida de una calle; todos los ojos exploraban con angustia las orillas del río; todos los corazones latían fuertemente... Apenas pasaba un alma por aquel sitio; el cielo estaba muy nublado y soplaban un viento glacial.

—Dios mío! exclamó Ricardo, somos pocos... sería menester que alguno nos ayudase.

En esto vió á un caballero de cierta edad que pasaba no lejos de él. En dos palabras le explicó de lo que se trataba.

—Bien, bien, dijo el caballero, una joven pobremente vestida con una niña de tres años; se llama Cecilia... estoy enterado, y voy corriendo. Y en efecto, echó á correr para colocarse en el punto en que podía ser útil.

Preciosa idea tuvo Ricardo, pues aquel caballero fué el que vió á Cecilia, la alcanzó, la asió del brazo y la condujo á sus amigos.—¿Qué delirio de alegría! los abrazos, las caricias, las explicaciones, las lágrimas se cruzaban, se confundían.—Al fin llegó un poco de calma: Cecilia y su hija tomaron el camino de aquella casa paterna por tanto tiempo cerrada para ellas, después de haber cuidado todos de tomar el nombre y las señas del servicial caballero cuyo auxilio había sido tan eficaz.

Ricardo y su madre se volvieron también á su casa.

—En fin, se ha salvado, exclamó el joven, pero para mí es perdida!

—¿Quién hubiera creído, murmuraba su madre, que esos dos avaros eran el padre y el abuelo de Cecilia?

¿Cómo decir las escenas de éxtasis y de ternura de que fué teatro la cara vieja del calljón?

Entonces Roberto y Frumencio supieron lo que siempre habían ignorado, esto es, que Cecilia había quedado viuda al año de casada, y que la mala conducta de su marido la había dejado en la miseria.—¡Por nuestra culpa! por nuestra culpa exclamaron. Todo se reparará, hija mía.

Aquella noche Ricardo durmió poco; á la mañana siguiente se sintió incapaz de acudir al trabajo y su madre se quedó asistiéndole.—A cosa de mediodía llamaron á la puerta y entró Frumencio.

—Buenos días, señora, buenos días, señor Ricardo, les dijo. Nuestra Cecilia sigue bien lo mismo que la niña... muy bien, ¿Permitánnos Vds. que me sienten un momento?... cinco piques... sin aliento estoy.—Lo cual no le impedía presentar una cara de pascua.

Ricardo se puso primero pálido y luego encendido. Estaba sobre ascuas.

—Le traigo á Vd. una respuesta, le dijo Frumencio. ¿No había Vd. pedido algo á Cecilia?

Ricardo tartamudeó unas pocas palabras sin saber lo que se decía, mientras su madre se liaba maquinalmente un dedo con una punta del delantal, sin saber tampoco lo que se hacía.

Frumencio veía aquellos apuros y se sonreía con vivo placer.

—Pues señor, dijo al fin, Cecilia consiente y yo también.

Ricardo se echó á sus piés, la madre se arrojó en sus brazos.

—Con una condicion, dijo Frumencio, y es que desde el día de la boda hemos de vivir todos juntos. Ahora, vengan Vds. á ver á Cecilia y á la niña que nos están aguardando.

Al bajar la escalera, Frumencio daba el brazo á la anciana frutera, á quien dijo al oído:—Vd. se acordará de haber conocido á dos avaros... allá... en la plaza? Olvídelos Vd... ya han muerto... verdaderamente han muerto.

En seguida Frumencio se hizo conducir á casa del caballero cuyas señas había tomado la víspera por la noche. En cuanto entró en su estancia reconoció al sugeto que dos noches antes había pedido en la plaza con la frutera al pobre niño herido; también él reconoció á Frumencio y quedó muy sorprendido en los términos en que le oyó hablar, y más aun cuando Frumencio le convidó á la boda de su hija con el hijo de la frutera, á la cual prometió que no faltaría.—Mientras acompañaba á Frumencio hasta la puerta apretándole la mano, éste le dijo al oído:—Vd. recordará haber conocido á dos avaros... allá, en la plaza? Olvídelos Vd... ya han muerto... verdaderamente han muerto!

—Ya lo veo, respondió el caballero.

Entretanto el consabido cuarto de metal de campana continuaba metido entre sus dos tablas, pues había habido demasiados quehaceres toda la mañana para pensar en él. Cuando se trató de sacarle de su rendija, la niña Cecilia no hizo más que levantarse de canto con un alfiler y ¡caprichos de la suerte!—salí al instante. Excusado es decir que ese cuarto se conserva como una reliquia en la familia.

El banco de piedra, en fin, continúa en su sitio sobre sus tres piés. Muchas personas van diariamente á sentarse en él, pero los dos avaros de marras, nunca... Ambos han muerto verdaderamente han muerto?